

compañera, le hace zalemas con la cola, y ruge quedo enviándole dulces lamentos de amor apasionado.

—Eso es amor: una constante melodía de alma a alma, de pecho a pecho, en la que el hombre hace resonar las más bellas cuerdas del sentimiento, con la esperanza de que sus notas puedan despertar acordes en el alma de su amada.

Después de estas palabras se quedó Surabta silencioso, pero siempre acariciando la fina mano de la princesa.

## CAPITULO XI

Al atardecer del día siguiente se encontraba Deyé en el cuarto de Surabta. Desde temprano estaba al lado de su jefe y el mutismo en que éste se había mantenido todo el tiempo lo tenía alarmado. Varias veces había tratado de llamar a Holcatl, pero él lo impidió. Las horas iban pasando lentamente, siguiendo Surabta tendido en su lecho, sin querer hablar ni tomar alimento alguno.

De pronto se levantó y se preparó para escribir y así se quedó por largo rato, sumido en un profundo pensamiento, hasta que poco después y como a impulso de un esfuerzo, comenzó la carta.

Cuando la hubo terminado se la entregó a Deyé diciéndole: —Entrégala en las propias manos del Nación; y al salir el guerrero, se recostó de nuevo quedándose sumido en la misma quietud.

Poco tiempo después llegó el Nación y se le acercó al lecho. Llevaba retratada en la cara las señas del espanto y en su mano estrujaba la carta de Surabta.

Al verlo entrar le dijo éste: —Por los dioses, Nación: lleva esa carta a su destino y no me preguntes nada, pues bastante ha sufrido en este día mi pobre

corazón. —Lleva esa carta, y sirve a la vez de consuelo a la pobre niña: nada más puedo decirte.

Deyé se había quedado cerca de la puerta y miraba a los dos ávido de entender la causa de la pena de su jefe.

—Permíteme siquiera, le dijo el Nacón, leer de nuevo la carta en tu presencia, pues dudo si estoy en mi cabal juicio. Y como Surabta no contestara comenzó a leerla:

«De Surabta Qualerú a su amada Arausi Yaina.

«Adiós para siempre, Arausi mía. Tus temores resultaron ciertos, pues de mi espontánea voluntad acabo de pedir la mano de la princesa Huitzillin.

«Juzga con algo de clemencia al que hoy muere para el divino amor de su adorada, y piensa cuán terrible será su sufrimiento.

«Los dioses lo han querido: acatemos sus mandatos y no trates de inquirir las razones que he tenido para romper el dulce lazo que antes nos unía.

«Quiero que conste, que hasta el último momento de la noche pasada que recuerda mi memoria, mi pensamiento estuvo fijo en ti, y que sólo sigo viviendo porque me alienta la ilusión de poder algún día comprobar que tengo derecho a la venganza».

El Nacón había ido leyendo los párrafos lentamente con la esperanza de que Surabta se retractara de sus conceptos, pero éste guardó un silencio de asentimiento durante toda la lectura.

Entonces se acentuó en la cara del Nacón su profundo sentimiento y diciendo,—que los dioses te protejan, se retiró de la estancia.

Surabta le ordenó a Deyé que buscara a Holcatl con toda urgencia y cuando el jefe del ejército entró en su cuarto le habló en la siguiente forma:

—Antes de nada quiero hacerte presente, mi buen amigo Holcatl, que cualquiera que sea el resultado de lo que te voy a decir, yo te prometo por mi honor que siempre seré fiel al rey Akmekat-Tutulxiu y a la casta de guerreros, de la que seguramente dentro de pocos momentos quedaré excluido. —Necesito que interpongas tu valiosa influencia ante el monarca para que permita mi matrimonio con la princesa Huitzillin, cuya mano pedí esta mañana al Gran Sacerdote Huenac.

—¡Pero tú estás loco, Surabta, o no he entendido bien lo que me dices! —¡Tú, casarte con la princesa Huitzillin! —¡Tú caer en las redes del enemigo, consciente como estás de sus claras intenciones! —Nunca pediría yo al monarca tal absurdo. —Prefiero romper contigo para siempre antes que dar un solo paso en favor de tu segura perdición.

—Pero cuéntame, querido amigo; le siguió diciendo: cuéntame qué poderosa influencia pueden haber ejercido contra ti para decidirte a tomar una resolución tan descabellada.

—Ni una palabra más, dijo Surabta: —Mi jefe Holcatl no debe olvidar que aun pertenezco a la casta de los guerreros y guardarme por consiguiente las consideraciones debidas a mi jerarquía. —Si el monarca no me concede el permiso que solicito, me retiraré del ejército, e inmediatamente me casaré con la princesa.

Entonces se retiró Holcatl de la estancia sin hacer ningún saludo a Surabta y éste le dijo a Deyé: —Vámonos del palacio, pues dentro de pocos momentos habré caído en desgracia con el monarca. —Recoge sólo las armas que traje de la patria y deja todo lo demás, pues quiero desligarme cuanto antes de los obsequios que recibí en mis días de felicidad ya pasados para siempre.

De nuevo se estableció Surabta en su casita a orillas del Otolum. Por más de una semana se pasó acostado en su lecho sin querer recibir a nadie, cuando un día llegó un oficial con orden terminante de Holcatl de que se presentara en el palacio cuanto antes.

Obedeció rápido Surabta, temeroso de que éste tomase alguna disposición violenta y se presentó en el departamento de su jefe.

—Ya han sido varias las veces que te he llamado, le dijo, pero tu desobediencia la paso por alto sin castigo. —Te llamaba para decirte, que el monarca, como yo esperaba, se niega a dar su consentimiento para tu matrimonio con la princesa y me ha manifestado que si insistes, serás retirado inmediatamente de la casta de los guerreros. —Era tan grande el cariño que te había tomado el rey, que todavía insiste en que pongamos todo nuestro empeño, el Nación y yo, en hacerte volver a la razón.

—Yo comprendo más que nadie, querido jefe, cuán ingrato es mi proceder con el rey y contigo. La contestación brusca que te di el otro día no debía tener perdón y sólo almas nobles pueden olvidar tales ofensas; pero debes comprender que el hombre que

se decide a sacrificar el único amor de su vida, debe haber tenido poderosas razones para hacerlo. Para obedecer la orden del monarca, como sería mi deber, tendría que matarme sin remedio, pero como aun me queda una esperanza sobre un designio que guardo en secreto y que es la única ilusión que me resta para vivir, prefiero desobedecerlo y retirarme de la casta de los guerreros.

Como había circulado por la ciudad con inusitada velocidad la noticia del casamiento de Surabta con la princesa, decidió entonces el Nacón entregar a Xochitl su carta, temeroso de que llegase ella a conocerla por otro conducto, y fué a buscarla al templo.

No tuvo necesidad de prepararla para el golpe, pues sólo al verlo comprendió que el terrible suceso esperado por tanto tiempo se había ya efectuado.

La palidez de la cara de Xochitl y su albo traje, daban a su expresión una apariencia de diosa.

—No tengas reservas, le dijo al Nacón, pues con tal de que la vida de Surabta esté a salvo, cualquier otra noticia que me traigas será recibida por mí tranquilamente.

—Nada le afecta a su vida, dijo el sacerdote, pero para nuestro cariño es como si hubiera muerto.—Lée esta carta.

La cogió con mano firme, pero conforme la iba leyendo se comprendía por su temblor, lo mucho que le afectaba la pérdida del único amor de su vida, y al terminarla dijo: —Aquí termina mi bella leyenda y ahora sólo me resta sufrir.

—Mi amada diosa lo ha querido, pero es muy

duro saber' que he de renunciar para siempre a mi mayor ilusión. —Temía mucho por la vida de Surabta, pero nunca pensé en la muerte de su amor.

—¿Qué poderosa influencia puede haber sido capaz de sobreponerse al amor que me tenía? —Un día me escribió que,

«Sólo los dictados del honor o los deberes con su patria serían capaces de romper el dulce lazo con que nuestra diosa nos había unido».

—Eso escribía, y estoy cierta que sólo una de estas dos razones poderosas pueden haber quebrantado su sagrado compromiso.

—¿Por qué la diosa consagró nuestros amores para después destrozar mi corazón? —¿Por qué me salvó él la vida en la montaña para después destrozar mis sentimientos? —¿Por qué, diosa mía, alentastes mis floridas ilusiones para después cubrir de espinas mi sendero?

—Olvida mis quejas y protestas, querido Nación, pues ellas son impropias del alma fuerte que debiera tener la hija del gran Quetzal. —¡Quién me dijera que el amor pudiera hacer sufrir tanto! —¿Qué se hizo aquel valor de que antes me preciaba? —Sólo fueron prestigios vanos que rápidos cayeron al primer golpe del mal de amores?

—Pero vete, Nación, pues más me duele el que me vean sufrir, y vuelve cuando haya podido dominar este martirio. —Déjame entregada a mis recuerdos, para así recuperar algo de la tranquilidad que necesito.

Durante todo este tiempo el Nación guardaba

silencio, pero su mente estaba absorta en una ferviente plegaria a los dioses, *en demanda de paz y de consuelo para todos los afligidos de la tierra.*





## CAPITULO XII

Con toda rapidez se hicieron los preparativos necesarios para el casamiento de Surabta y la princesa.

El haberse negado el rey a autorizar este enlace, significaba un tácito rompimiento entre la monarquía y la casta sacerdotal, máxime cuando el Gran Sacerdote había manifestado, que no solamente daba su consentimiento para el matrimonio como el más cercano pariente de la princesa, sino que también en su calidad de Jefe Supremo de la casta.

En tal virtud, fueron excluidos de las invitaciones a los festines todos los personajes de la casa real, así como los jefes de los guerreros.

Surabta casi no prestaba atención a los preparativos de la boda y sólo un día salió algo de su apatía con motivo de una conversación que tuvo con Huenac en presencia de algunos de sus amigos.

Había sido llamado al palacio del Gran Sacerdote para tomar algunos antecedentes referentes a su familia. Se comentaba una vez más la negativa del rey, cuando Huenac dijo: —Habiéndose retirado Surabta de la casta guerrera, Tutulxiu no tenía ningún derecho a intervenir en este matrimonio y sólo ha

insistido en dar su negativa, para así inferirnos una nueva ofensa. —Y ha hecho bien, continuó, pues ahora están los campos deslindados y tanto ustedes como yo quedamos por completo desligados de su dominio.

—Yo no quedo desligado del monarca, interrumpió Surabta, pues mi lealtad me obliga a inclinar mi frente ante él, a pesar del desaire recibido.

—Es natural que pienses ahora en esa forma, dijo Huenac, pero llegará el momento en que hartado de recibir ofensas, como a nosotros nos ha pasado, correrás a nuestro bando listo a la venganza.

Entonces Surabta, haciendo reserva mental de su verdadero pensamiento, que era de eterna lealtad para el rey, contestó: —Es muy posible, y volvió a caer en su apatía.

Ocho días duraron las fiestas preliminares del matrimonio, consistentes en diarios festines suntuosos en las casas de los parientes y amigos de la princesa y todos a porfía trataron de darles la mayor esplendidez.

Serían las doce de la noche del día anterior al matrimonio. Quizás debido al viento, las teas de la mayor parte de los edificios estaban apagadas. A la hora acostumbrada llamó el ayudante del Nacón a la puerta del cuarto de Xochitl y cuando salió ésta acompañada de su tigre, la siguió en silencio hasta las gradas del Templo del Sol y allí la esperó mientras que ella iba a atender el fuego sagrado.

Cuando hubo desaparecido, se fijó atento en varios lugares a distancia donde parecía notarse la apa-

riencia de extraños bultos, y esto, en vez de causarle miedo, parecía que lo tranquilizaba.

Poco después apareció Xochitl y por más que ella trataba de avivar el paso, sentía que el sacerdote caminaba cada vez más lentamente, y también notaba una rara inquietud en su fiel tigre. Al llegar a la primera grada del Templo de las Vestales vió que el sacerdote vacilaba y entonces lo cogió por un brazo y le preguntó: —¿Qué te pasa?; pero éste, en vez de contestarle, se envolvió la cabeza con el manto y doblando las rodillas, lentamente se desplomó en la grada.

Entonces Xochitl le descubre la cara rápidamente, y se queda paralizada al realizar que es Surabta.

Por un momento se quedó indecisa no sabiendo si correr al templo, como único medio de salvar la vida del que amaba o quedarse para socorrerlo, y con un destello veloz de inteligencia, notó lo anormal de aquellas teas apagadas y percibió aquellos bultos regularmente distanciados, comprendiendo que Surabta se había hecho rodear de sus fieles guerreros, los que en cualquier momento darían la voz de alarma, si hubiera algún peligro.

Entonces se inclinó ante el cuerpo de su amado y dejó reposar en su regazo la cabeza. Estaba convencida de que Surabta sacrificaba su grande amor por un deber desconocido, y renació por un momento en ella la ilusión de que entonces podría arrancarle su secreto y quizás convencerlo para que renunciara a ese matrimonio.

Pensando en esto y alisándole el cabello estaba,

cuando de pronto levantó Surabta la cabeza, quedando su vista embelesada en la contemplación de la dulce mirada con que lo veía Arausi.

Aquel su mirar especial, parecía que se hubiera acrecentado con el sufrimiento y esto produjo en Surabta tanta impresión, que ocultó de nuevo la cabeza.

Ella entonces con suave voz le fué diciendo:— Acuérdate de aquella vez que en países lejanos tú acunabas mis terrores. Como ahora, estábamos custodiados por tus fieles guerreros pero yo estaba sostenida por tus brazos poderosos, y tú te empeñabas en darme valor y consuelo envolviéndome en efluvios de cariño, después de haberme arrancado de las garras de las furias. Pues en recuerdo de aquel tiempo deja que yo ahora te salve del peligro en que te hallas y cuéntame cuál es el misterio que te asola.

—No, tú eres pura, dijo de pronto Surabta incorporándose, y nunca sería yo capaz de pedir auxilio a una diosa para que me levantara de la sima en que he caído, o bien para que comprobara el indigno complot en que me han envuelto.

—Sólo te pido que no desprecies mi memoria y que cuando mi venganza me conduzca a las puertas de la muerte, sepa yo que alguien me compadece, y así, quizás en otra vida podremos ser felices.

Después de estas palabras se levantó presto y rápido se perdió en las sombras de la noche.

La gran fiesta de los desposorios fue en el palacio de Huenac, durante la cual, la princesa Huitzillin cumplió con los rituales mayas, dando de comer y de beber a Surabta en presencia de todos los invitados,

con lo que quedaron consagrados los esponsales.

Poco después le decía la princesa: —Recordarás amado mío, que de igual manera que ahora, yo me anticipé a consagrar esta ceremonia cuando te estuve dando de comer y de beber en la fiesta de mi palacio; y este recuerdo produjo una impresión tan terrible en Surabta, que sin contestarle se retiró de su lado, y en un rincón apartado se abismó en el recuerdo de aquella otra divina consagración que había tenido con su adorada Arausi en el Templo del Sol y bajo la intervención de la diosa Xochiquetzalli.

—Si había de tener mi vida tan horrendo desenlace, pensaba Surabta, ¿por qué consagrastes, diosa del amor, aquella unión? —¿Por qué alumbrastes mi vida con un rayo de esperanza para después hacerme caer en la sima de la aflicción? Y, como en forma de plegaria, siguió diciendo: —En este postrer momento de libertad van para ti, Arausi mía, mis alados pensamientos. —Que los dioses castiguen sobre mi frente de perjuro las hondas penas que te causo y que rápido se borre de tu mente el inmenso amor que me tenías.

Y a la vez que él hacía esta plegaria, en el Templo del Sol se hallaban reunidos Xochitl y el Nacón. —La hora es muy propicia, le decía éste. —Si Surabta piensa en ti en este último momento, como espero, el conjuro podrá fácilmente efectuarse. —Quédate en silencio sin tocarme y ten sólo cuidado de avivar el fuego, y de que yo esté envuelto en una constante nube de incienso.

En aquella imponente soledad del templo comenzó

a escucharse la temblorosa voz del anciano sacerdote recitando una plegaria cabalística dirigida a la diosa Xochiquetzalli y después se fueron oyendo estas palabras:

—Tú que consagrastes los amores de Surabta y la vestal Xochitl, escucha: entonces el Nación comenzó a lanzar con las palmas de las manos el humo del incienso a las alturas y continuó: —Ellos construyeron una guirnalda de flores con la que enlazaron sus corazones a tu divino trono. —Ellos te brindaron los más bellos pensamientos y confiaron sus amores a tu santa guarda. —Hoy que separas estos amores por voluntad de tu sabiduría divina, descende a mí por la misma escala que ellos te tejieron, e ilumina mi mente oscurecida para hacerme comprender el misterio de tu arcano. Entonces se quedó el Nación en un profundo éxtasis.

—Ya he sido iluminado, dijo de repente: —Este martirio vuestro ha sido necesario para dar un golpe mortal y definitivo a los sacrificios humanos, como veremos próximamente, y así se confirma una vez más el horóscopo que de ustedes hice.

—¿Y en tu iluminación no has visto, querido Nación, la suerte que ha de correr la princesa?

—No fue mi deseo el profundizar en la vida de otros seres, le contestó, pues es peligroso el querer interpretar los designios ocultos de los dioses. —En tu caso levanté el velo, porque creí que era otro el plan que la diosa me había indicado.

—Cesa de sufrir, hija querida, pues tu misión es

grande, y el día se acerca en que habrás de necesitar de toda tu serenidad y energía para colaborar con Surabta en la sublime misión que los dioses os han destinado.





### CAPITULO XIII

Los días se suceden en medio de una tranquilidad ficticia. Los dos bandos enemigos se observan con cuidado. Comisiones de guerreros salen constantemente para rumbos ignorados y ciertos nobles y sacerdotes también salen de la ciudad en misión secreta: mientras tanto, en sus casas se celebran constantes fiestas.

Surabta vive ahora en el palacio de la princesa. Comprende que allí se conspira abiertamente contra el rey y que se reservan de él con todo cuidado. Parece que por fin se ha acostumbrado al balché y ya no encuentra que este sea una bebida infernal, como dijo la primera vez que lo probó.

Se comentaba cierto día en el palacio real la vida escandalosa que estaba llevando Surabta, el cual, con una pléyade de amigos, siempre estaba en constantes fiestas, las que frecuentemente acababan en grandes altercados promovidos por excesos de licor. Entonces el rey ordenó a Holcatl que fuera Surabta amonestado por última vez y que si reincidía, que fuese recluso en una prisión.

El Nación pidió al monarca que se le confiara a él

esta misión y habiéndole sido concedida, lo hizo llamar al Templo de las Inscripciones.

Cuando llegó Surabta le dijo el viejo sacerdote:— ¡Cuánta pena siento de ver cómo destruyes tu vigoroso cuerpo entregado como estás al efecto destructor del más terrible de los vicios! —¿Dónde están aquellas energías de que antes te preciabas y dónde el orgullo por tu sobria raza? —Has de saber, que el monarca ha ordenado que seas encerrado en una prisión, si continúas en esa vida crapulosa.

—Constante persiste en mí el orgullo por mi raza, y esa vida escandalosa de que se me acusa, sólo existe en apariencia. —Sólo una vez he perdido la noción del ser, trastornado por la infernal bebida, y esa experiencia fue de tan fatales resultados en mi vida, que nunca más volveré a probarla: tenlo por cierto.

—Al alternar con esos amigos, persigo un plan premeditado y ya sólo me falta poder salir fuera de la ciudad por unos días para poder obtener ciertas declaraciones que comprueben el inicuo complot en que fui envuelto.

—Consigue con el monarca un permiso para poder salir con mis guerreros, y en pocos días te presentaré la prueba de la ignominia que conmigo cometieron.

—Lo que me pides es imposible, le contestó el Nación: —Si yo supiera los planes que persigues y las razones que tuvistes para unirme al enemigo, tomaría empeño en secundarte y en conseguir ese permiso; pero no debes olvidar que la nación arde en una vorágine de intrigas que puede conducirnos

al más terrible de los choques. —¿Por qué no te confías a mí y me cuentas cuál es tu secreto?

—Nunca, querido Nacón: el honor me veda dar publicidad a ciertos hechos que aun no puedo comprobar. —A mí me constan las conspiraciones que se hacen contra el rey, pero yo protesto que siempre he guardado una absoluta fidelidad para el monarca.

—Espérame aquí un momento, le dijo el Nacón, y pasando al cuarto fronterizo, se engolfó por largo rato en el recitado de ciertas oraciones, quemando a la vez incienso de copal.

Cuando entró de nuevo al cuarto de Surabta estaba éste completamente dormido. Se le acercó el Nacón y le dijo con voz dominadora: Cuéntame ahora el misterio que me ocultas.

Surabta se estremeció como si se debatiera contra el cumplimiento de esta orden y por fin comenzó a decir:

—«En aquella fiesta que la princesa me dió en su palacio, después de haberse retirado el rey, todos a porfía se empeñaron en que yo tamara balché en exceso: Después no sé lo que pasó y es lo que quiero averiguar. Sólo recuerdo, que al amanecer me encontré acostado en un cuarto desconocido. —Al abrir los ojos, vi que la princesa Huitzillin estaba a mi lado sentada en el borde del sitial y que en su cara tenía retratado el más terrible sufrimiento.

—«Yo sentía en todo mi cuerpo una paralización casi completa, cuando de pronto vi que apareció en la puerta de la estancia la figura del Gran Sacerdote. —La princesa al sentirlo se enderezó rápida y

se arrojó a sus plantas, y yo mismo me extrañaba de estar viendo toda esta escena como cosa natural. —Oía al Gran Sacerdote que con un tono de la mayor indignación parecía que increpaba a la princesa en nombre de los dioses, cuando de pronto sentí una fuerte sacudida en todo mi cuerpo a influjo de una palabra hiriente que me dirigió el Gran Sacerdote, y de un salto me levanté.

—«Tú has dicho, Huenac, le dije al sacerdote, que pertenezco a una raza de canallas?»

—«Algo feroz debió leer en mi mirada, pues rectificó al punto, con voz que ya no era tan altiva como antes. —No fueron esas mis palabras: decía, que sólo una raza de canallas podría dejar sin reparación la terrible ofensa inferida a la princesa, pues al haber pasado tú la noche en la cámara de ella, has incurrido en un delito que se castiga con la muerte, y para ella, con la infamia pública.

—«Recuerdo, que al escuchar estas palabras se apoderó de mí un horror inconcebible, y que alzando del suelo a la princesa le prometí ampararla contra todos.

—«Pues si me juras hacerla tu esposa, dijo entonces Huenac, yo te prometo guardar este secreto, con tal de que tú a tu vez prometas no decir nada de lo que aquí ha pasado, pues esa es la única manera de poder salvar a la princesa del escarnio y tú escapar con vida.

—«Lo juro por mi fe de guerrero, le contesté; y comprendiendo en seguida el horror de mi promesa, salí inmediatamente del palacio.

El Nacón le dijo entonces: —Ahora quiero que recuerdes lo que pasó después que terminó la cena.— Aun no he podido averiguarlo, dijo él, pero creo que en pocos días tendré la clave del asunto.—Pues insisto en ello, dijo el Nacón.

—Ya veo, comenzó a decir Surabta. —«Veo que el ex-canciller se acerca a mí y que ríe al ver mi cuerpo caído, con la cabeza recostada en el sitial de la princesa. —Veo también que ésta y el Gran Sacerdote se ríen de mi estado y que después me cogen y me llevan a otro apartamento, y que al dejarme tendido en un lecho, se ríen los tres intensamente.

Surabta dejó de hablar y el Nacón se quedó profundamente abstraído.

Al poco rato se despertó Surabta y preguntó:— ¿Me quedé dormido?

—Sí, le contestó el Nacón, y durante ese sueño los dioses me han contado tu secreto y he podido comprobar que fue el ex-canciller Xolotl el que en unión de Huenac te llevó al lecho de la princesa, como tú lo sospechabas.

—He sabido también, siguió diciendo, que los dioses te tienen destinado para fines de infinita trascendencia, y en tal virtud tienes que abandonar tus planes de venganza.

—Sólo por voluntad divina, le dijo Surabta, has podido averiguar el secreto que yo tenía tan oculto y al cual sacrificué mis más caros amores, y ahora, Nacón, mándame lo que gustes, pues yo me inclino reverente ante el alto mandato de los dioses.

El Nacón consiguió del monarca un permiso para

que pudiera Surabta y sus guerreros salir del perímetro de la ciudad y pocos días después volvieron de su expedición.

Al llegar a la capital fué Surabta en busca del Nación y le presentó el documento que le había arrancado al ex-canciller, en el cual constaba el complot que habían preparado entre el Gran Sacerdote y Xolotl para obligarlo a casarse con la princesa.

—Yo sospechaba que Xolotl había intervenido en este asunto, por ciertas insinuaciones que había sorprendido entre sus amigos durante las bacanales que yo mismo provocaba, y principalmente me confirmé en la idea, al ver que Xolotl había desaparecido de Na-chan-caan y después de averiguar que había sido mandado por el Gran Sacerdote a una finca lejana.

El Nación se sentía rejuvenecido por la alegría y le auguró a Surabta que ese documento sería un arma poderosa en el futuro.

Desde su vuelta de la expedición, Surabta no había vuelto al palacio de la princesa y sólo esperaba el nacimiento de su hijo para pedir al Consejo Real que dictara su divorcio.

Se había instalado de nuevo en la casita de junto al río y allí le llevaba el Nación las noticias cada vez más alarmantes sobre el alzamiento que estaban fraguando los sacerdotes y algunos nobles.

—Tutulxiu, le decía el Nación, trata por todos los medios de evitar el derramamiento de sangre, y a pesar de los constantes informes que recibe, de que en las fincas vecinas a la capital tienen los enemigos grandes contingentes de tropas e igualmente en las

vecindades de las otras capitales, no se decide a apriisionar a los promotores.

—Dice el rey, que es lástima grande, que después del inmenso esfuerzo hecho para la conquista pacífica de la nación, tenga que venir a la postre una hecatombe. —Tiene una absoluta fe en el poderío de su ejército, pero no obstante, la situación es muy delicada, porque los sacerdotes tienen dominado al pueblo, haciéndole creer que los dioses están indignados por haber Tutulxiu prohibido los sacrificios, siendo éste el motivo de la gran sequía, y que sólo ellos tienen el poder de aplacar sus iras. —Esa masa ignorante de entre la cual toman los sacerdotes las primeras víctimas, está tan ciega, que prefiere hasta el sacrificio de sus hijos, con tal de que las cosechas no se pierdan.

—Dentro de varios días, le siguió diciendo el Nación a Surabta, estarán la luna y varios astros en condición favorable para que las lluvias se presenten, y conociendo el rey esto, trata de evitar hasta ese momento cualquier rompimiento, pues cuando comience a llover cesará por completo el peligro de un choque con el pueblo.

—También quiero advertirte, por encargo expreso de Holcatl, que tengas ahora mucho cuidado con el Gran Sacerdote. —Ya debe haber sabido del documento que conseguistes arrancarle a Xolotl, y ten por seguro que ya debe de estar fraguando una venganza contra ti, y no hay que olvidar que en este momento no podrías recibir protección ninguna del rey, por las mismas razones que antes te he indicado.





## CAPITULO XIV

Un día llegó Surabta al Templo de la Historia en busca del Nacón, para anunciarle que al despuntar la aurora había nacido su hijo, y venía también con el deseo de que hiciera su horóscopo.

Largas horas se pasó Surabta allí observando los complicados cálculos del Nacón y las constantes consultas que hacía de gran número de anahtés, hasta que por fin le dijo: —Es cosa curiosa, pues he encontrado en el horóscopo de tu hijo el mismo signo que precedió a tu nacimiento, lo que indica, que ambos serán factores de gran importancia en la prosperidad de esta raza. —He encontrado también una intercepción de astros que enseña, que tu hijo, poco después de nacer estará en grave peligro de morir y que sólo un gran sacrificio podrá salvarlo.

—¿Por qué me has dicho, Nacón, tan triste augurio? —¿Será que mi estrella es tan fatal que todos mis cariños han de morir?

—Es para eso, le dijo el Nacón, que se hacen los horóscopos: para tratar de corregir el sino de los hombres, cuidando de los peligros o defectos que traen consigo y aplicando a tiempo los correctivos

necesarios, pues que la ley del morir no es inflexible.

—Eso me consuela grandemente, y corro a verle para tratar de salvarlo de su sino, dijo Surabta.

Un mes había pasado sin que cayera una sola gota de agua ni en los más remotos confines de la nación.

Tutulxiu tuvo que ir reconcentrando en la ciudad a los guerreros que vivían en los campos, para poder evitar cualquier disturbio ocasionado por las constantes amenazas que el pueblo le dirigía. Los sacerdotes hablaban al populacho desde los templos, al parecer para calmarlo, pero realmente quedaba más exaltado después de estos discursos, pues en forma velada siempre culpaban a Tutulxiu de la terrible sequía, por haber suprimido los grandes sacrificios, permitiendo sólo que fuese sacrificado un niño cada año al dios de las cosechas.

Ya habían llegado a la plaza del palacio real algunas manifestaciones pidiendo el restablecimiento de los sacrificios, siendo por toda contestación reforzadas las puertas del palacio por mayor número de guerreros.

Por fin un día corrió la noticia de que el Gran Sacerdote había acordado la celebración de la fiesta del sacrificio, y esto, aunque calmó la exaltación, produjo a la vez un sentimiento de pavor en toda la ciudad.

En el palacio real estaba reunida la Cámara de Guerra cuando llegó la noticia, e inmediatamente fue suspendida la sesión.

—Me considero criminal, decía el monarca, al haber consentido este último signo de barbarie que me

impuso el sacerdocio. —En aquel momento creí preferible el sacrificio de la vida de un infante, a imponer en absoluto mi criterio a costa de la vida de miles de seres, necesarios para el progreso de la nación. —Hoy mi criterio es otro y doy por seguro que todos mis guerreros estarían dispuestos a verter su sangre en defensa de la víctima inocente que hoy será elegida en holocausto. Pido a los dioses, siguió diciendo el rey en medio de una gran exaltación, que para corregir esta grave equivocación de mi reinado, me den vida suficiente hasta extirpar de raíz en toda la nación los sacrificios humanos, aunque después caiga vencido.

En este momento se oyó en la antecámara un ruido inusitado seguido de grandes voces.

Corrieron los guerreros de la guardia hacia las puertas y al abrirlas, rodaron al impulso de un ser que como enloquecido se lanzó en el salón del trono, y corriendo llegó y se prosternó ante Tutulxiu.

Los guerreros saltaron sobre él, pero el rey los detuvo y dijo: —Te compadezco, pobre Surabta: ya me imagino que tu hijo habrá sido el elegido como víctima expiatoria.

Todos los presentes quedaron en suspenso y parecía que un hálito de horror los hubiera anonadado.

Surabta levantó los ojos al monarca y en ellos se leía un intenso poema de dolor. Sus cabellos desgredados y sus ropas despedazadas, contrastaban con el regio lujo de los guerreros.

El Nación se le había acercado, e inclinándose le sostenía la cabeza contra su pecho, mientras que con

amoroso fervor pedía a los dioses protección para el pequeño.

Un imponente silencio reinaba en el salón. Aquellos guerreros aguerridos en cientos de combates no se atrevían a mirar ese cuadro de intenso dolor y sus robustos pechos eran sacudidos por espasmos, pues todos se sentían hermanos del guerrero.

El monarca mismo, abrumado por la pena, sostenía su frente con la mano y su pensamiento buscaba ávido una solución que pudiera dar alguna esperanza al pobre Surabta.

—¡Salva a mi hijo, monarca clemente!, pudo decir al fin, y en seguida se escuchó la voz del Nación diciendo: —Los dioses habrán de iluminar a Tu Grandeza, porque siendo fuerte, amas a tus enemigos.

Entonces se vió a Tutulxiu como si de pronto hubiera concebido una idea salvadora y con voz tranquila, dijo: —Vete en paz, amigo Surabta, pues yo te prometo que la vida de tu hijo será salvada.

Surabta se irguió radiante y contestó: —Ya me lo había dicho Xochitl allá en las selvas de mi patria, que el rey Tutulxiu era en el combate cual tigre feroz, pero que en la paz era un alma delicada. —Y en cambio, esos sanguinarios sacerdotes, cual fieras carniceras, les arrancan con sus propias manos las entrañas a sus víctimas y se gozan feroces en los cruentos sacrificios. —¡Raza maldita, capaz de matar hasta los más tiernos sentimientos!

—Noble señor, quiero decirte, que antes de venir aquí juré con mis guerreros, ante los dioses de mi patria, que si mataban a mi hijo, el Gran Sacerdote

y toda su casta moriría a nuestras manos, con tal saña, que habrías tenido que ordenar nuestro exterminio como si fuéramos fieras salvajes de los bosques.

—No tendréis que llegar a tal sacrilegio, dijo el monarca, y a tus fieles guerreros los tengo destinados a empresas de mayor gloria; y ahora, vete en paz.

El Nacón acompañó a Surabta hasta su casita a orillas del río, pues estaba ansioso de comunicar a sus guerreros la esperanza que le había dado el monarca. Todos lo esperaban con sus caras consternadas. —Mira cómo sufren mis valientes, le dijo al Nacón, y cuando se enteraron de la esperanza que el rey le había dado, vivaron a Tutulxiu.

En seguida se fueron rápidos al palacio de la princesa. El Nacón le había aconsejado que le diera la noticia con toda cautela para que no se fuera a enterar ninguno de los servidores del palacio de la esperanza que les había dado Tutulxiu, y al entrar se extrañaron de ver que éstos no daban señal de pena al igual que sus guerreros.

—Aun no deben saber nada, pensaron, y al entrar en el salón de las columnas encontraron a la princesa, la cual al ver a Surabta corrió hacia él y le echó el brazo sobre el hombro, que era el signo de mayor cariño entre los mayas. Así se quedó por largo rato y al ver que la princesa no daba muestras de congoja, se afirmó en la idea de que aun no le habría llegado la noticia, y en ese momento oyó que ella le decía:

—¿Por qué tanta aflicción, valiente guerrero, cuando deberíamos recibir como alto honor el que nuestro

hijo fuera sacrificado a los dioses, pues así iría al delicioso lugar donde está el árbol de la leche mientras que de nuevo vuelve a la vida?; y no pudo decir más la princesa, pues Surabta sintió un fuerte choque en el corazón y cogiéndola por un brazo la rechazó bruscamente a la vez que le gritaba:

¡Madre feroz!, ¡fiera sanguinaria!: ¡te repudio!; y fue tan fuerte su rechazo, que si la princesa no se sostiene del Nacón hubiera rodado por el suelo.

Sólo faltan tres días para la celebración de la fiesta del sacrificio y Surabta ha llegado a una extrema exaltación porque aun no ha podido averiguar la forma en que el rey ha de salvar a su pequeño.

Infinitas veces se lo ha preguntado al Nacón y éste siempre le contesta que confíe en Tutulxiu, pues nunca ha faltado a un sagrado compromiso.

Son los guerreros terbis con su impaciencia los que ponen en este estado a su jefe, pues ellos querrían asaltar de una vez el palacio de la princesa Huitzillin y arrebatarse al pequeño; y discutiendo estos planes se pasan el día entero, hasta que consiguen que Surabta se vuelva casi loco.

Acaba de llegar el Nacón a la casita y entonces Deyé se empeña en presentarle el nuevo plan que han concebido para arrebatarse al hijo de Surabta, pero éste no quiere oírlo, asegurando que no deben perder la fe por un momento.

—Cuéntame qué es de Xochitl, le dice Surabta al sacerdote: tiene ella un alma tan delicada, que seguro estoy que habrá sufrido terriblemente con mi pena.

—No te engañas, le contestó: y sólo al tuyo pudo

ser comparado el sufrimiento que ella tuvo. —Algún día podrás saber de cuán portentosos sacrificios es capaz el alma de una mujer; pero dejemos estas cosas, pues traigo una orden de Holcatl para ti.

—La monarquía corre en este momento un gravísimo peligro, y este llegará a su punto álgido, cuando se extienda la noticia de que tu hijo ha desaparecido.

—¡Pero qué!, interrumpe Surabta, ¿mi hijo ha desaparecido?

—Sí, le responde el Nacón: ya está en lugar seguro y ha llegado el momento de que tú y tus guerreros se reconcentren en el palacio, pues cuando llegue al pueblo esta noticia, las sospechas recaerán sobre vosotros y es muy seguro que los enemigos azucen a las turbas para que seáis pasados a cuchillo.

—Pero yo quisiera, dijo Surabta, que por lo menos algunos de mis guerreros quedaran en la custodia de mi hijo en el lugar en que ha sido recluido.

—No te preocupes por él, dijo el Nacón, pues está más seguramente defendido que por todos tus guerreros juntos. —Tú te vendrás conmigo al palacio, y tus guerreros saldrán inmediatamente a esconderse fuera de la ciudad, y cuando caigan las sombras de la noche, irán lentamente reconcentrándose en el palacio, pues es muy seguro, dijo por fin, que de estas casas no ha de quedar piedra sobre piedra.

Rápidos se dirigieron a casa de Holcatl. En el inmenso patio del palacio se veía un inusitado movimiento de guerreros.

Este les comunicó, que por las últimas noticias



que se habían recibido se sabía que una inmensa muchedumbre armada se iba acercando a la ciudad. —Llegais a tiempo, les dijo, pues en este momento se acaba de presentar el Gran Sacerdote ante el monarca para pedirle que seas inmediatamente apresado en unión de tus guerreros, convicto de haber robado la víctima que ellos tenían destinada al sacrificio.

—Lástima que no hayas podido presenciar la conferencia, dijo dirigiéndose a Surabta. —Es tanta la soberbia de Huenac al ver que le han arrebatado su presa, y tanta la confianza en la próxima caída de Tutulxiu, que no ha tenido inconveniente en dirigir al rey claras amenazas, asegurando que el pueblo habrá de levantarse imponente, arrasando la ciudad entera, si inmediatamente no te manda apresar con tus guerreros para que seáis sacrificados en masa y así borrar el inmenso sacrilegio que habéis cometido.

Entonces Tutulxiu, con gran calma contestó al furioso sacerdote: —Ya he dado la orden de que Surabta y sus guerreros sean reconcentrados en el palacio y no debes olvidar, que la ley sólo permite el sacrificio de un infante cada año; por consiguiente, se cometería un crimen vulgar si condenáramos a Surabta y sus guerreros al sacrificio. —Los sacerdotes tienen el santo deber de calmar la exaltación del pueblo: y después siguió diciendo con voz vibrante:— Si vosotros no tenéis suficiente poder para ello, aquí estoy yo que dispongo de los elementos necesarios para acallar a sangre y fuego, si es preciso, a esas masas ignorantes. Y para terminar dijo: —He mandado reconcentrar los guerreros de Surabta, porque

supe del juramento que prestaron a sus dioses, de pasar a cuchillo a toda la casta sacerdotal, en venganza del proyectado sacrificio del hijo de su jefe.

Desde la torre del palacio pudo apreciar Surabta la inmensa muchedumbre que iba descendiendo por las cordilleras en dirección a Na-chan-caan. No podía comprender cómo era posible que el jefe del ejército estuviese tranquilo viendo acercarse aquella gran cantidad de guerreros, contando el palacio con tan pocos defensores. Así se lo hizo presente a Holcatl y éste le contestó: —Tenemos grandes cantidades de guerreros nahuas escondidos en los sótanos de los templos y también en las casas grandes (cuarteles), los que hemos ido reconcentrando en secreto durante las noches.

Cuando la oscuridad envolvía a la ciudad comenzaron a llegar los guerreros terbis al palacio, faltando sólo Deyé, al cual estuvo esperando Surabta hasta el amanecer. Ninguno le daba noticias de él y por esto temía que su buen compañero hubiera caído en una emboscada.

Seguramente habían estado durante la noche repartiéndose balché entre el pueblo, pues al amanecer éste se entregó enloquecido a la destrucción de las casitas que habían estado ocupadas por los terbis.

Los sacerdotes ya no se recataban de presentarse como promotores de la rebelión y desde las gradas de los templos incitaban a las masas a levantarse contra la monarquía, como único medio de calmar la ira de los dioses.

Se comenzaron a oír gritos aislados pidiendo la

entrega de Surabta y poco después una inmensa multitud invadió en tropel la plaza del palacio, la que a grandes gritos pedía la inmediata entrega de todos los guerreros terbis.

Holcatl ordenó a una sección de nahuas que cubrieran el frente del palacio y esta exhibición de fuerza los indignó más.

Durante todo el día se estuvo esperando por momentos el inevitable rompimiento de las hostilidades y apesar de las continuas provocaciones que el pueblo hacia contra los guerreros, el rey se empeñaba en no dar orden de que fuese tocado el tambor de guerra.

Ya a la caída de la tarde, hablaba Surabta con Holcatl y le decía: —Siento un cierto remordimiento al comprender que de esta sangrienta batalla que se avecina yo soy algo responsable, pues es muy cierto que Tutulxiu hubiera podido conseguir calmar al pueblo y evitar el derramamiento de sangre, si hubiera consentido en el sacrificio de mi pequeño; y más me aflijo, al ver la repulsión que siente el monarca a dar la orden de ataque.

—No, Surabta, no te apenes por ello, pues Tutulxiu persigue un ideal al que hace poco había jurado ofrendar hasta su vida, que es el de acabar para siempre con los sacrificios humanos, y con la imposición de los partidarios del Gran Sacerdote; y su empeño por evitar el rompimiento consiste, en que su gran clemencia llega hasta el punto de considerar, que esa masa de pueblo inconsciente no es la culpable en absoluto de esta rebelión, y sin embargo, sería

la única diezmada por nuestras flechas y, en cambio, los promotores de ella quedarían a salvo y muy tranquilos mientras que nosotros aniquilamos a esos pobres seres que son las fuerzas productivas de la nación. —Si al frente de esas masas aparecieran sus caudillos, ya habría Tutulxiu dado la orden de ataque.

Poco antes de ocultarse el sol avisaron los vigías de la torre, que hacia occidente se distinguían nuevos contingentes de guerreros que descendían por las faldas de la cordillera con dirección a la ciudad. Subieron Holcatl y Surabta a comprobar la noticia, y sus ánimos quedaron en suspenso al comprobar las inmensas falanges de guerreros que se acercaban.



## CAPITULO XV

La ciudad parecía como dormida. Un silencio que producía pavor reinaba en toda ella.

Surabta estaba reclinado en el lecho del antiguo departamento que ocupaba en el palacio. Las puertas exteriores estaban guardadas por algunos de sus guerreros terbis. Estaba pensando en la extraña desaparición de Deyé, cuando en ese momento se escuchó el grito de un coyote. Corrió Surabta a la puerta en el preciso momento que un guerrero también entraba a darle cuenta de que algún terbi había dado el grito de llamada, ordenando que contestara enseguida con otro igual.

Poco después entraba Deyé sostenido por dos guerreros. Por su expresión se veía que había estado sometido a grandes sufrimientos, y al ser interrogado por Surabta, sólo dijo: —Es hambre mi única enfermedad. Rápidamente le trajeron algunos alimentos y cuando ya pudo hablar le dijo a Surabta.

—Desobedecí tu orden de reconcentrarme en el palacio, pues anteriormente a ella, me había jurado buscar a tu pequeño y servirle de defensa, lo que me desligaba de cualquier otro compromiso, según la cos-

tumbre de la patria. —Durante el día me quedaba escondido en cualquier parte y por la noche me deslizaba cuidadosamente, pues sabía la saña con que el pueblo había destruído nuestras casas.

—Ningún indicio podía encontrar, cuando de repente escuché una noticia que me llenó de horror.— Esto fue en la noche de ayer. —Decían que Xochitl había sido llevada por los sacerdotes al Templo de los Sacrificios. —Yo estuve rondando por este templo, pero como toda la noche estuvo repleto de populacho, no me fue posible averiguar nada.

—Me interné en el bosque donde está el profundo pozo del cenote, porque ya se acercaba la aurora, cuando al pasar junto a él creí percibir el débil llanto de un niño, pero era tan tenue el ruido, que a veces creía que era ilusión y que lo que oía no era más que el murmullo del torrente que pasa por el fondo, y otras me convencía de que era un llanto.

—Pues vamos en seguida y bajaremos al fondo del cenote. Cogieron unos rollos de mecate de los que habían recibido los guerreros para caso de asalto y llevando sólo sus arcos y una tea se fueron deslizando por la inmensa ciudad que parecía dormida.

Cuando llegaron al cenote escucharon atentamente y sólo se percibía el lejano rumor del agua. Entonces encendió Surabta la tea y con ella agarrada con los dientes, fue bajando despacio hacia aquella gran profundidad desconocida. Iba calculando por brazadas la profundidad, y cuando ya había bajado más de treinta, dió un tirón del mecate, que era la seña convenida con Deyé para suspender el descenso. Entonces ob-

servó que el torrente pasaba a un lado y a pocos pies, y que hacia el fondo seguían varias profundas concavidades; pero de pronto su horror no tuvo límite, al observar que recostados en los muros había infinidad de seres que lo aguardaban con su mirada penetrante fija en él. Rápida le vino la idea de la defensa, pero osciló un momento entre subir o bajar o apagar la tea, cuando en eso sintió que se la arrancaban de un flechazo.

En aquella horrenda oscuridad se sintió perdido, pues sabía que estaba rodeado de muchos enemigos y entonces se soltó del cable, y al caer se quedó tendido para servir de menor blanco mientras que preparaba una flecha, pero antes de que la tuviera lista, su experto oído percibió la carrera de una fiera que se acercaba. Puso rápido la flecha en el arco y de pronto escuchó el rugido de un tigre, y cuando esperaba que éste se acercara algo más para disparar casi por instinto, oyó el grito de un niño y que la fiera se alejaba veloz.

Entonces se fue arrastrando con su flecha siempre lista, con ánimo de internarse en las concavidades que había visto, para refugiarse en ellas y poder defenderse mejor, extrañándose de que ya no hubieran tratado de atacarlo los que estaban recostados a los muros.

Largo rato hacía que seguía avanzando y comprendía que se iba angostando el paso, porque ya tenía que replegar los codos para que no tropezaran con los tajantes filos de las rocas de los muros.

En eso llegó a un recodo que hacía el túnel y al



fondo vió una luz, y aun con mayor cuidado fue acercándose a ella. Terminaba este túnel en una amplia sala y con toda su cautela llegó a ella y observó que en un ángulo del lado estaba un precioso tigre cuidando a un niño. Se quedó absorto contemplándolo, y hasta suavizaba todo lo posible su respiración para que la fiera no se diera cuenta de su presencia, pues aquel bello cuadro lo tenía arrobado. De pronto sintió que le pasaban un brazo por el cuello y al rebullirse veloz, reconoció a la incierta luz de la tea el bello rostro de su amada Arausi.

—Te he sorprendido contemplando con delicia a tu pequeño. —¿Pero es mi hijo?, dijo Surabta, y al dar un paso hacia él fue detenido por el gruñido del felino.

Entonces apretó a Arausi contra su pecho y le dijo.

—¿De modo que fuistes tú la protectora de mi pequeño amor? —Te asociastes a mi dolor de tal manera que no tuvistes temor de bajar a este antro infernal para esconder a mi hijo desvalido?

—Amor de mis amores, continuó: ¿dime si lo has hecho por cariño a mí o por salvar a mi pequeño?

Y entonces comenzó a escuchar de nuevo su melodiosa voz que iba diciendo: —Al saber la noticia de que había sido él el elegido para el sacrificio, se despertó en mí un amor inmenso para el hijo del que tanto había amado y desde ese momento me prometí salvarlo.

—Poco después llegó el Nacón a decirme que yo había sido la elegida por el monarca para la salva-

ción y custodia de tu hijo y que había dispuesto que nos escondieramos aquí, como único lugar seguro. —Esa noche, después de avivar el fuego del templo y encomendar el feliz resultado de la empresa a mi diosa, nos dirigimos al palacio de la princesa. El Nación entonces desplegó su inmensa ciencia, y las puertas del palacio nos fueron abiertas por los servidores sin darse la menor cuenta de lo que hacían, y sacando a tu hijo nos refugiamos en esta cueva. Cuando llegaba Arausi a este punto de la relación, se oyó de pronto el rugido amenazador del tigre y seguidamente el llanto del pequeño.

—Pobre hijo mío, dijo ella, aun no ha llegado a acostumbrarse a ese rugido y siempre que lo oye llora.

—Pues no hay duda, dijo Surabta, que mi hijo con su llanto me acaba de salvar la vida, pues cuando estaba el tigre a punto de lanzarse sobre mi, fue al escuchar su lamento que dejó su segura presa para correr a la defensa de mi pequeño cachorrito.

De nuevo rugió el tigre y entonces dijo Arausi: —Alguien se aproxima al pozo.

—Debe ser Deyé, dijo Surabta, que se impacienta por mi larga ausencia. —Acompáñame para que los que te cuidan en el fondo del pozo no se preocupen de mi.

—Ellos no te harán daño, dijo Arausi, pues desde hace tiempo pasaron a otra vida, víctimas de los horrendos sacrificios.

—Pues entonces, ¿quién me apagó la tea de un flechazo?

—Fui yo, dijo Arausi, que dudosa de quien pu-

diera ser el extraño visitante te apagué la luz y después te vine siguiendo hasta reconocerte a la luz de esa antorcha.

Entonces ella alzó al pequeño y al entregárselo a Surabta, éste lo estrechó amorosamente entre sus brazos.

Arausi sentía el intenso gozo de ver a sus amores reunidos, y mientras tanto, el tigre batía satisfecho su hermosa cola.

—Pero había olvidado por completo, dice de pronto Surabta, el sagrado deber que se me había encomendado, que era la custodia de una de las puertas del palacio. —Te dejo con mi pequeño amor. Y salió corriendo con el corazón henchido de cariño.

Al salir encontró a Deyé en el colmo de la impaciencia, pues había estado escuchando lejanas voces de mando y el ruido acompasado de grandes contingentes de guerreros.

—Seguramente ya ha comenzado la batalla, dijo Surabta, y tendremos que llegar a toda costa al palacio para que no nos crean desertores.

—Yo no he cumplido aun mi juramento, dijo Deyé.

—Puedes confiar en la palabra de tu jefe. —Mi hijo está perfectamente custodiado y defendido por Arausi en el fondo del cenote; y sin pronunciar otra palabra corrieron veloces hasta llegar a los linderos del bosque y después, dando un rodeo, se fueron acercando al palacio.

Comenzaba a amanecer, y a aquella tenue claridad iban viendo el inusitado movimiento que se notaba en la ciudad e igualmente en el palacio.

Al entrar Surabta a su departamento le avisaron que en ese momento lo acababa de mandar a llamar Holcatl.

Fué en su busca presuroso, y al encontrarlo le dijo éste:

—Te he mandado despertar para avisarte, que aquellos guerreros que vimos al atardecer que descendían de las montañas, eran los restos del ejército que mandaba Quetzal, al que se han unido fuertes contingentes de las tropas que se habían ido dejando en los países conquistados; y con sólo la entrada de las primeras avanzadas, todos los que azuzaban a las masas han huído. —Vente conmigo, pues va a celebrarse una Cámara Plena donde será oído el jefe que manda ese contingente de guerreros.

Al entrar en el salón oyeron que decía el monarca:

—Es lástima que el Gran Sacerdote y parte de las Cámaras de Justicia no hayan concurrido a esta Asamblea, para que oyeran la relación que este jefe prestigiado va a hacer de los motivos que ocasionaron el tremendo fracaso del ejército. Entonces a una seña del monarca comenzó a decir el jefe:

—Por muchas declaraciones que traemos, se comprueba, que cuando salió Tuxpan de esta ciudad, ya llevaba instrucciones del Gran Sacerdote y de otros nobles de ir dejando en los países conquistados las tropas más adictas a Quetzal y reponiéndolas por guerreros mercenarios, con doble paga, que sería subvencionada por los nobles.

—Mucho antes se hubiera levantado Tuxpan en rebelión, si hubiera conseguido su proyecto de ca-

sarse con Xochitl, y cuando se convenció por último de que era odiado por ella, entonces dió el golpe. —Yo confirmo que ni uno solo de los bravos nahuas se unió a Tuxpan, y que todos prefirieron la muerte cierta en las montañas a seguir al traidor.

Eran tales los rumores de indignación que se escuchaban en todo el ámbito del salón del trono, que tuvo que callarse el jefe, y entonces dijo Tutulxiu: —Bastan los pocos detalles que hemos oído para comprobar la verdad de la terrible traición, y en tal virtud, pido a la Cámara Real, que después que sean estudiados los documentos se aprueben las siguientes disposiciones:

—Enviar a las demás ciudades, inmediatamente, a los guerreros que tenemos reconcentrados, dejando aquí los contingentes que acaban de llegar:

—Modificar la Constitución en el sentido de que los jefes guerreros puedan ser también elegidos como caciques:

—Que la Cámara de Guerra levante inmediatamente un proceso para sentar las responsabilidades consiguientes en la traición de Tuxpan y en las agitaciones internas que acaban de efectuarse, castigando duramente a los responsables.

—Declarar la inmediata libertad de Xochitl y ascenderla al cargo de jefe de guerreros, en premio del merecido castigo que dió a los traidores y que Surabta sea reconocido otra vez como miembro de la casta guerrera; y al llegar a este punto vió el monarca las constantes señas que éste hacía para que le concedieran la palabra y dijo:

—¿Es que Surabta tiene que hacer alguna objeción a mis palabras?

A lo que contestó: —Sí, noble señor, pues no podría recibir el alto honor de ingresar de nuevo en la casta de guerreros, sin haber podido antes obtener de ti la gracia de que me sea concedido el divorcio de la princesa Huitzillin.

—Pero esto sólo el Gran Sacerdote puede concederlo, dijo el rey. —O yo en su ausencia, dijo el Nación interrumpiéndolo.

Se sonrió el rey ante aquella falta de cortesía, perdonable por la vehemencia con que el Nación había hablado, y al punto dijo:

Pues queda incluido en el decreto real que ahora propongo, el divorcio de Surabta, y para terminar, quiero que se agregue un párrafo que habrá de llenar de la mayor gloria mi reinado, y es la supresión para siempre en toda la nación de los horrendos sacrificios humanos.

Un potente clamor de «Viva Tutulxiu» selló las palabras del monarca y las naves del palacio siguieron por largo rato resonando con aquel clamor repetido incesantemente, a cuyo salvador impulso caían rodando los temidos dioses sanguinarios impuestos por Huenac.

Surabta corrió veloz en compañía de su fiel Deyé a dar cuenta a Arausi de los acontecimientos que tan rápidamente se habían sucedido, y al entrar en la cueva donde ella cuidaba a su pequeño, ya el hermoso tigre no rugió con su presencia, pues segura-

mente percibió el potente lazo de amor que lo unía a su ama.

*¡Cayeron por fin los dioses sanguinarios!*—dijo rápido al entrar: La Cámara Plena te ha nombrado jefe de guerreros, pues las tropas que acaban de llegar han confirmado plenamente la traición de Tuxpan; pero la mejor noticia que te traigo, es la de haber sido también decretada la supresión de los sacrificios.

A esto contestó Arausi: —Los dioses nos eligieron a nosotros como medio de dar el golpe mortal a esos sacrificios y para ello tuvimos que sacrificar nuestros amores. —«*¡Dichosos los que sufren por el bien de los demás!*»

Y Surabta terminó diciendo: —Pues habiendo nosotros cumplido ya con el deber para que fuimos destinados, y habiéndome sido concedido el permiso para repudiar a la princesa, pidamos de nuevo a la diosa Xochiquetzalli que bendiga nuestro amor, y en cambio yo te prometo que he de adorarte por muchas vidas.





SE HA EDITADO ESTE LIBRO CON EL APOYO  
DEL SEÑOR MINISTRO DE EDUCACIÓN PÚBLICA,  
DON LUIS DOBLES SEGREDA, EL CUAL ES UN  
EFECTIVO PROTECTOR DE LAS LETRAS.

EL AUTOR.



